

Preferencias, cultura y bienestar en economía

Consumer Theory, Culture and Welfare

FRANCISCO ANTONIO MOLINA VARGAS

Docente Universitario
Magister en Territorio, Conflicto y Cultura
Especialista en Ciencias Administrativas y Constitucionales
Administrador Público
franciscomolinauniversidad@gmail.com
ORCID 4756 – 8953
<https://orcid.org/0009-0000-4756-8953>

Eduktivotos. Ibagué, Colombia

RESUMEN

El presente artículo realiza un análisis microeconómico de la teoría del consumidor y su relación con el bienestar humano, partiendo del supuesto de que las preferencias individuales no son homogéneas ni exógenas, sino que se encuentran profundamente condicionadas por procesos de transmisión cultural que configuran representaciones sociales diferenciadas. Desde esta perspectiva, el bienestar no puede reducirse a la maximización de la utilidad bajo restricciones presupuestarias estándar, sino que debe comprenderse como un fenómeno situado, influido por el territorio, la cultura y los sistemas simbólicos.

Palabras clave: Teoría del consumidor, bienestar, cultura, desigualdad, desarrollo

ABSTRACT

This article develops a microeconomic analysis of consumer theory and its relationship with human welfare, emphasizing how individual preferences are shaped by culturally transmitted social representations. From this perspective, welfare is not merely a function of income or utility maximization under standard assumptions, but rather the outcome of heterogeneous preference structures influenced by territory, culture, and symbolic systems.

Key words: Consumer theory, welfare, culture, inequality, development

INTRODUCCIÓN

La teoría microeconómica del consumidor constituye uno de los pilares analíticos fundamentales de la economía moderna. Tradicionalmente, esta teoría se ha construido sobre supuestos de racionalidad, preferencias estables y transitivas, y agentes representativos que maximizan su utilidad sujeta a restricciones presupuestarias. Bajo este enfoque, el bienestar individual y social se deriva directamente de la capacidad de los agentes para elegir canastas de consumo que satisfagan sus preferencias, lo cual permite construir indicadores agregados de bienestar y diseñar políticas orientadas a la eficiencia y, en menor medida, a la equidad. Sin embargo, esta formulación estándar ha sido crecientemente cuestionada por su limitada capacidad para explicar la persistencia de la desigualdad y los conflictos distributivos en contextos culturalmente diversos.

En sociedades caracterizadas por una alta heterogeneidad cultural, territorial y simbólica, las preferencias de los individuos no emergen de manera aislada ni neutral, sino que son el resultado de procesos históricos de transmisión cultural que configuran representaciones sociales diferenciadas sobre el consumo, el

bienestar y la vida buena. Estas representaciones influyen de forma decisiva en la jerarquización de necesidades, en la valoración subjetiva de los bienes y servicios, y en la forma como los individuos interpretan su propia situación de bienestar o privación. En consecuencia, la aplicación acrítica de modelos microeconómicos homogéneos puede conducir a diagnósticos incompletos y a políticas públicas que, aun siendo eficientes en términos formales, resultan ineficaces o incluso contraproducentes en términos distributivos.

El problema central que aborda este artículo radica en la tensión existente entre la teoría microeconómica del consumidor, concebida bajo supuestos universalistas, y la realidad empírica de preferencias culturalmente diferenciadas. Esta tensión se manifiesta de manera particular en los esfuerzos por reducir la desigualdad y promover el desarrollo, ya que las políticas redistributivas suelen basarse en nociones agregadas de bienestar que no capturan adecuadamente la diversidad de intereses y valores presentes en la sociedad. De este modo, el conflicto no surge únicamente por la escasez de recursos, sino por la incompatibilidad entre distintas concepciones de bienestar que coexisten en un mismo espacio económico y social.

Desde una perspectiva analítica, este trabajo propone repensar la teoría del consumidor incorporando explícitamente la dimensión cultural como un determinante estructural de las preferencias. Ello no implica abandonar el formalismo microeconómico, sino ampliarlo mediante un diálogo interdisciplinario que permita comprender cómo las decisiones individuales de consumo se encuentran mediadas por procesos simbólicos, territoriales y sociales. En este sentido, el bienestar deja de ser un resultado puramente individual para convertirse en una construcción social situada, cuya medición y promoción requieren herramientas analíticas más complejas.

El artículo tiene como objetivo principal analizar, desde la microeconomía, la relación entre teoría del consumidor, bienestar y transmisión cultural, mostrando cómo la especificidad de intereses individuales genera obstáculos estructurales para la reducción de la desigualdad y el logro del desarrollo. Para ello, se emplean escenarios simulados con datos hipotéticos, presentados de manera explícita como ejercicios pedagógicos basados en precedentes reales, que permiten ilustrar de forma clara los mecanismos analizados sin pretender realizar inferencias empíricas directas.

La estructura del documento es la siguiente: en la segunda sección se desarrolla el marco teórico, integrando la teoría microeconómica del consumidor con aportes sobre cultura, representaciones sociales y bienestar. La tercera sección presenta el método analítico y los supuestos de los escenarios simulados. En la cuarta sección se exponen los resultados derivados de dichos escenarios. La quinta sección discute las implicaciones teóricas y de política pública de los hallazgos. Finalmente, se presentan las conclusiones y un conjunto de recomendaciones orientadas al diseño de políticas de desarrollo sensibles a la diversidad cultural.

MARCO TEORICO

La teoría microeconómica del consumidor ha sido tradicionalmente construida sobre un conjunto de supuestos normativos y positivos que buscan simplificar el análisis del comportamiento individual frente a la escasez. En su formulación estándar, el consumidor es concebido como un agente racional que posee preferencias completas, transitivas y estables, y que maximiza una función de utilidad sujeta a una restricción presupuestaria. Este enfoque ha permitido desarrollar herramientas analíticas robustas —como las curvas de indiferencia, las funciones de demanda y las elasticidades— que constituyen la base del análisis del

bienestar y de la evaluación de políticas económicas. No obstante, dichos supuestos han sido progresivamente cuestionados por su limitada capacidad para incorporar la complejidad social y cultural que subyace a las decisiones de consumo reales.

Desde la microeconomía neoclásica, las preferencias son tratadas como datos exógenos al modelo. Esta exogeneidad metodológica facilita el análisis formal, pero implica asumir que los gustos y prioridades de los individuos no requieren explicación económica. Bajo este marco, el bienestar individual se define como el nivel de utilidad alcanzado por el consumidor, mientras que el bienestar social se deriva de la agregación de dichas utilidades, usualmente bajo criterios de eficiencia paretiana o funciones de bienestar social. Sin embargo, esta concepción abstracta del bienestar presenta limitaciones significativas cuando se enfrenta a contextos caracterizados por profundas desigualdades estructurales y diversidad cultural, donde las preferencias no solo difieren entre individuos, sino que responden a sistemas de significación socialmente construidos.

La literatura crítica ha señalado que las preferencias no surgen en el vacío, sino que son el resultado de procesos históricos de socialización y transmisión cultural. La cultura, entendida como un conjunto de

valores, normas, símbolos y prácticas compartidas, cumple un papel central en la configuración de lo que los individuos consideran deseable, necesario o superfluo. En este sentido, el consumo no es únicamente un acto económico orientado a la satisfacción de necesidades materiales, sino también un acto simbólico mediante el cual los individuos expresan identidad, pertenencia y estatus. Esta dimensión simbólica del consumo introduce una heterogeneidad profunda en las funciones de utilidad, que no puede ser capturada adecuadamente por modelos que asumen preferencias homogéneas o universalizables.

El concepto de representaciones sociales resulta particularmente relevante para comprender esta heterogeneidad. Las representaciones sociales pueden definirse como sistemas de interpretación compartidos que permiten a los individuos dar sentido a su realidad social y orientar su comportamiento. En el ámbito del consumo, dichas representaciones influyen en la percepción del bienestar, en la valoración de los bienes y en la jerarquización de necesidades. Por ejemplo, bienes que en un contexto cultural son considerados esenciales para una vida digna, en otros pueden ser percibidos como prescindibles o incluso indeseables. Esta variabilidad cultural desafía la noción de una canasta de

consumo universalmente válida para medir el bienestar.

Desde la economía del bienestar, estas diferencias plantean un problema analítico central: ¿cómo comparar niveles de bienestar entre individuos con preferencias culturalmente diferenciadas? La respuesta estándar ha sido evitar comparaciones interpersonales de utilidad, limitándose a criterios de eficiencia. No obstante, esta estrategia resulta insuficiente en contextos donde la desigualdad es persistente y donde las políticas públicas buscan explícitamente mejorar las condiciones de vida de poblaciones diversas. En tales escenarios, la neutralidad frente a las preferencias se convierte en una forma implícita de sesgo, ya que privilegia aquellas concepciones de bienestar que se alinean con los supuestos dominantes del modelo económico.

La relación entre preferencias, cultura y desigualdad puede ser analizada también desde la noción de bienestar subjetivo. A diferencia de las aproximaciones puramente objetivas, el bienestar subjetivo reconoce que la percepción individual de satisfacción depende de expectativas, normas sociales y marcos culturales de referencia. Esto implica que individuos con niveles similares de ingreso o consumo pueden experimentar grados muy distintos de bienestar, dependiendo de su contexto cultural y

territorial. Desde una perspectiva microeconómica ampliada, esta observación sugiere que la utilidad no solo depende de la cantidad de bienes consumidos, sino también de su significado social y de su coherencia con las representaciones culturales del individuo.

El territorio emerge así como una categoría analítica clave. Lejos de ser un simple espacio físico, el territorio configura oportunidades, restricciones y marcos simbólicos que influyen en las decisiones de consumo. Las economías locales, los sistemas productivos regionales y las dinámicas de conflicto o cooperación territorial afectan tanto los precios relativos como las preferencias mismas. En este sentido, la restricción presupuestaria del consumidor no es únicamente monetaria, sino también cultural y simbólica, lo cual amplía el alcance del análisis microeconómico tradicional.

Estas consideraciones teóricas permiten comprender por qué los esfuerzos por reducir la desigualdad y promover el desarrollo suelen enfrentar conflictos persistentes. Las políticas redistributivas, al basarse en indicadores agregados de ingreso o consumo, pueden ignorar las diferencias culturales en la valoración del bienestar, generando resistencias sociales o efectos no deseados. Por ejemplo,

transferencias monetarias diseñadas bajo supuestos homogéneos de consumo pueden no traducirse en mejoras percibidas de bienestar si no se alinean con las prioridades culturales de los beneficiarios. De este modo, el conflicto no es únicamente distributivo, sino también simbólico.

MÉTODO

El presente estudio adopta un enfoque analítico–conceptual con apoyo en simulaciones microeconómicas hipotéticas, diseñadas con fines pedagógicos y explicativos. El método empleado no busca realizar inferencias empíricas directas ni estimaciones econométricas sobre datos reales, sino ilustrar, mediante escenarios controlados, los mecanismos a través de los cuales las preferencias culturalmente diferenciadas influyen en las decisiones de consumo, en los niveles de bienestar y en los resultados distributivos. Todos los escenarios y datos utilizados son explícitamente hipotéticos, aunque se encuentran inspirados en precedentes reales documentados en la literatura económica y en estudios de desarrollo, desigualdad y consumo culturalmente situado.

Desde el punto de vista epistemológico, el método se inscribe en una tradición microeconómica ampliada que reconoce la utilidad de los modelos formales como

instrumentos heurísticos, más que como descripciones exhaustivas de la realidad. En este sentido, los modelos construidos funcionan como dispositivos analíticos que permiten aislar relaciones causales plausibles entre cultura, preferencias y bienestar, manteniendo un equilibrio entre rigor formal y relevancia contextual.

El diseño metodológico se estructura en tres etapas complementarias. En la primera etapa se define un modelo básico de consumidor representativo bajo supuestos neoclásicos estándar, que sirve como línea base para la comparación. En este modelo, el consumidor maximiza una función de utilidad continua, estrictamente convexa y creciente, sujeta a una restricción presupuestaria lineal. Este escenario inicial permite establecer un punto de referencia en el cual las preferencias son homogéneas y culturalmente neutrales, y donde el bienestar se mide exclusivamente en términos de utilidad alcanzada.

En la segunda etapa se introduce la heterogeneidad cultural de las preferencias. Para ello, se construyen funciones de utilidad diferenciadas que reflejan distintas representaciones sociales del bienestar. Estas funciones no se interpretan como mediciones reales de utilidad, sino como aproximaciones formales a sistemas de valoración culturalmente situados. Cada tipo

de consumidor hipotético se asocia a un conjunto específico de preferencias, caracterizado por distintas elasticidades de sustitución entre bienes y por una jerarquización diferencial de las necesidades. Esta etapa permite analizar cómo, bajo un mismo nivel de ingreso, individuos con distintas matrices culturales pueden alcanzar niveles divergentes de bienestar percibido.

La tercera etapa consiste en la simulación de intervenciones redistributivas hipotéticas, tales como transferencias monetarias uniformes, subsidios focalizados o provisión de bienes específicos. Estas intervenciones se aplican de manera idéntica a los distintos tipos de consumidores definidos previamente, con el objetivo de evaluar sus efectos diferenciales sobre el bienestar. El contraste entre los resultados obtenidos en cada grupo permite identificar potenciales conflictos entre eficiencia, equidad y pertinencia cultural en el diseño de políticas públicas.

En términos formales, las simulaciones se basan en un conjunto reducido de bienes agregados, definidos de manera abstracta para evitar asociaciones empíricas directas. Por ejemplo, se consideran bienes de consumo básico y bienes de consumo simbólico, cuya interpretación depende del contexto cultural del consumidor. Los

precios relativos y los niveles de ingreso son fijados de forma exógena y constante dentro de cada escenario, lo que permite concentrar el análisis en el efecto de las preferencias y no en las fluctuaciones del entorno macroeconómico.

La medición del bienestar se realiza utilizando tres indicadores analíticos complementarios. El primero es el nivel de utilidad ordinal derivado de la función de utilidad de cada consumidor, utilizado exclusivamente para comparaciones intrapersonales antes y después de las intervenciones simuladas. El segundo es una medida de bienestar relativo, construida a partir de la distancia entre la canasta de consumo observada y una canasta culturalmente valorada como deseable por cada tipo de consumidor. El tercero es un indicador agregado de desigualdad, calculado de manera hipotética para ilustrar cómo las diferencias en preferencias pueden amplificar o atenuar los efectos redistributivos.

Es importante subrayar que ninguno de estos indicadores pretende capturar el bienestar de manera exhaustiva ni sustituir mediciones empíricas reales. Su función es estrictamente analítica y pedagógica, orientada a facilitar la comprensión de los mecanismos teóricos discutidos en el marco conceptual. La transparencia en los

supuestos y en la naturaleza hipotética de los datos constituye un elemento central del método, con el fin de evitar interpretaciones normativas no justificadas.

Finalmente, el método incorpora un análisis comparativo de escenarios, en el cual se contrastan los resultados obtenidos bajo distintos supuestos culturales y de política. Este análisis comparativo permite identificar patrones generales y tensiones recurrentes, sin pretender establecer conclusiones universales. De este modo, el enfoque metodológico adoptado busca contribuir a una comprensión más matizada de la relación entre teoría del consumidor, bienestar y cultura, ofreciendo insumos analíticos relevantes para la discusión sobre desigualdad y desarrollo desde una perspectiva microeconómica.

RESULTADOS Y DISCUSIÓN

Los resultados obtenidos a partir de los escenarios simulados permiten identificar patrones consistentes que ilustran cómo la heterogeneidad cultural de las preferencias incide de manera significativa en los niveles de bienestar individual, en la distribución del bienestar social y en la efectividad de las políticas redistributivas. Cabe reiterar que los datos utilizados son estrictamente hipotéticos y cumplen una función pedagógica, aunque se inspiran en regularidades empíricas ampliamente

documentadas en contextos reales de desigualdad y diversidad cultural.

Escenario base: consumidor homogéneo y bienestar estándar

En el escenario base, se considera un conjunto de consumidores hipotéticos con preferencias homogéneas, representadas mediante una función de utilidad estándar con elasticidades de sustitución constantes entre bienes. Bajo este supuesto, todos los individuos enfrentan la misma restricción presupuestaria y asignan su ingreso entre bienes básicos y no básicos de forma similar. Los resultados muestran que, en este contexto, el bienestar individual depende casi exclusivamente del nivel de ingreso, y que las diferencias en bienestar entre consumidores pueden ser ordenadas de manera clara y consistente.

La simulación indica que una transferencia monetaria uniforme genera incrementos proporcionales en el bienestar de todos los individuos. Desde el punto de vista de la eficiencia paretiana, la política resulta no conflictiva, ya que ningún consumidor experimenta una reducción en su nivel de utilidad. Asimismo, los indicadores agregados de desigualdad muestran una reducción clara y lineal, lo que refuerza la idea de que, bajo preferencias homogéneas, las políticas redistributivas simples son suficientes para mejorar el bienestar social.

Este resultado, coherente con la teoría microeconómica estándar, sirve como punto de referencia analítico. Sin embargo, su validez se ve fuertemente limitada cuando se introducen preferencias heterogéneas culturalmente condicionadas, como se observa en los escenarios posteriores.

Escenario de heterogeneidad cultural: divergencia de funciones de utilidad

En este escenario, se introducen dos tipos de consumidores hipotéticos, denominados de manera abstracta como Tipo A y Tipo B. Ambos enfrentan idénticos niveles de ingreso y precios, pero difieren en la estructura de sus preferencias debido a representaciones culturales distintas sobre el bienestar.

El consumidor Tipo A presenta una función de utilidad en la que los bienes básicos tienen un peso relativo elevado, reflejando una representación cultural del bienestar asociada a la seguridad material, la estabilidad y la satisfacción de necesidades primarias. El consumidor Tipo B, en cambio, asigna mayor peso a bienes simbólicos o relacionales, asociados a identidad, reconocimiento social y pertenencia comunitaria.

Los resultados muestran que, aun con el mismo ingreso, los niveles de utilidad alcanzados por ambos tipos de

consumidores difieren de manera significativa. Más importante aún, la percepción de bienestar relativo también diverge: mientras el consumidor Tipo A se aproxima más fácilmente a su canasta culturalmente deseada, el consumidor Tipo B experimenta una brecha persistente entre su consumo efectivo y su ideal cultural de bienestar.

Este hallazgo ilustra un punto central del análisis: la igualdad de ingresos no garantiza igualdad de bienestar cuando las preferencias están culturalmente diferenciadas. Desde una perspectiva microeconómica ampliada, el bienestar aparece como un fenómeno multidimensional que no puede ser reducido a una métrica única basada en el consumo agregado.

Transferencias monetarias uniformes y efectos diferenciados

En un escenario posterior, se simula la implementación de una política de transferencias monetarias uniformes aplicada a ambos tipos de consumidores. Los resultados indican que, si bien ambos experimentan un aumento en su utilidad ordinal, la magnitud del incremento difiere sustancialmente.

El consumidor Tipo A traduce la transferencia en un aumento directo del

consumo de bienes básicos, lo que genera un incremento significativo en su nivel de bienestar percibido. En contraste, el consumidor Tipo B enfrenta restricciones estructurales para transformar el ingreso adicional en un aumento equivalente de bienestar, ya que los bienes simbólicos valorados culturalmente no siempre están disponibles o son accesibles a través del mercado.

Como consecuencia, la brecha de bienestar entre ambos tipos de consumidores no solo persiste, sino que en algunos casos se amplía. Desde el punto de vista de los indicadores agregados, la desigualdad medida en términos de ingreso disminuye, pero la desigualdad en bienestar relativo muestra una reducción mucho menor o incluso nula.

Este resultado pone de manifiesto un conflicto central en el diseño de políticas redistributivas: las intervenciones monetarias, aunque eficientes en términos formales, pueden resultar insuficientes o inadecuadas para abordar desigualdades de origen cultural y simbólico.

Subsidios focalizados y canastas culturalmente neutras

En otro escenario, se simula una política de subsidios focalizados en bienes considerados “esenciales” desde una

perspectiva técnica. Estos bienes corresponden a una canasta estandarizada, diseñada bajo criterios nutricionales y de eficiencia económica, pero sin incorporar explícitamente las diferencias culturales en la valoración del consumo.

Los resultados muestran que esta política mejora de manera significativa el bienestar del consumidor Tipo A, cuya función de utilidad asigna un peso elevado a dichos bienes. Sin embargo, para el consumidor Tipo B, el impacto es marginal. En algunos casos, el subsidio incluso genera efectos de sustitución no deseados, desplazando el consumo de bienes simbólicos sin compensar adecuadamente la pérdida de bienestar asociada.

Este escenario evidencia que la definición técnica de bienes esenciales no es neutral desde el punto de vista cultural. La estandarización de las canastas de consumo puede introducir sesgos implícitos que favorecen determinadas concepciones de bienestar sobre otras, reproduciendo desigualdades simbólicas aun en contextos de intervención estatal.

Provisión de bienes específicos y bienestar relativo

Un escenario adicional explora la provisión directa de bienes específicos diseñados para responder a las representaciones

culturales de cada tipo de consumidor. En este caso, los resultados muestran una mejora más equilibrada del bienestar relativo, aunque a un costo fiscal hipotético mayor.

La simulación sugiere que cuando las políticas reconocen explícitamente la diversidad cultural de las preferencias, los incrementos de bienestar son más homogéneos y sostenibles. No obstante, también se observa una mayor complejidad administrativa y un aumento en los costos de implementación, lo que introduce un trade-off entre equidad cultural y eficiencia económica.

Este resultado permite identificar una tensión estructural entre la simplicidad de las políticas universales y la pertinencia de las políticas culturalmente diferenciadas.

Impacto sobre la desigualdad agregada

Al comparar los distintos escenarios, se observa que los indicadores agregados de desigualdad varían de manera significativa según el tipo de intervención. Las políticas basadas exclusivamente en ingresos tienden a reducir la desigualdad monetaria, pero tienen efectos ambiguos sobre la desigualdad de bienestar. En contraste, las intervenciones que incorporan la dimensión cultural muestran un mayor potencial para

reducir desigualdades multidimensionales, aunque enfrentan limitaciones prácticas.

Estos resultados refuerzan la idea de que la desigualdad no es un fenómeno unidimensional y que su reducción requiere enfoques analíticos y de política más complejos que los tradicionalmente empleados por la microeconomía estándar.

Conflicto distributivo y percepciones de justicia

Las simulaciones permiten analizar el conflicto distributivo desde una perspectiva subjetiva. Se observa que los consumidores con preferencias orientadas a bienes simbólicos tienden a percibir las políticas universales como injustas o insuficientes, aun cuando mejoran su situación material. Esta percepción se traduce en una menor legitimidad social de las políticas, lo que puede afectar su sostenibilidad en el largo plazo.

Desde el punto de vista microeconómico, este resultado sugiere que las preferencias culturales influyen no solo en las decisiones de consumo, sino también en las evaluaciones normativas sobre la justicia y el bienestar social.

Síntesis de resultados

En conjunto, los resultados muestran que la incorporación de la cultura en la teoría del

consumidor altera de manera sustantiva las conclusiones tradicionales sobre bienestar, desigualdad y política pública. La heterogeneidad de preferencias introduce conflictos estructurales que no pueden ser resueltos mediante intervenciones uniformes, y obliga a repensar los fundamentos microeconómicos del desarrollo.

Estos hallazgos, aunque derivados de escenarios hipotéticos, ofrecen una base analítica sólida para cuestionar los supuestos de homogeneidad implícitos en muchos enfoques de política económica y abren la puerta a una comprensión más rica y realista del bienestar en sociedades culturalmente diversas.

Demostración

Los resultados que se presentan a continuación integran el análisis cualitativo previamente desarrollado con demostraciones cuantitativas simplificadas, con el objetivo de mostrar de manera explícita cómo la heterogeneidad cultural de las preferencias afecta el bienestar individual, la desigualdad y la efectividad de las políticas redistributivas. Las simulaciones se construyen sobre supuestos microeconómicos estándar y utilizan números hipotéticos para facilitar la comprensión de los mecanismos analizados.

Escenario base: preferencias homogéneas y bienestar proporcional al ingreso

Se considera inicialmente una economía hipotética con dos bienes agregados:

- Bien X: consumo básico
- Bien Y: consumo no básico

El ingreso mensual de cada consumidor es de 100 unidades monetarias (UM). Los precios son constantes y se fijan en:

- Precio de X = 1 UM
- Precio de Y = 1 UM

La función de utilidad homogénea es:

$$U = X^{0,5} \cdot Y^{0,5}$$

Bajo este supuesto, el consumidor maximiza su utilidad destinando el 50 % de su ingreso a cada bien. Por tanto:

$$X = 50$$

$$Y = 50$$

La utilidad alcanzada es:

$$U = 50^{0,5} \cdot 50^{0,5} = 50$$

Si se introduce una transferencia monetaria uniforme de 20 UM, el nuevo ingreso es 120 UM, lo que genera:

$$X = 60$$

$$Y = 60$$

$$U = 60^{0,5} \cdot 60^{0,5} = 60$$

El incremento de bienestar es proporcional al ingreso. Todos los consumidores mejoran su situación en la misma magnitud relativa. La desigualdad, tanto en ingresos como en bienestar, se reduce de manera directa y no conflictiva.

Este escenario confirma los resultados esperados de la teoría microeconómica estándar bajo preferencias homogéneas.

Escenario de heterogeneidad cultural: funciones de utilidad diferenciadas

Se introducen ahora dos tipos de consumidores con igual ingreso (100 UM) y precios idénticos, pero con preferencias culturalmente diferenciadas.

Consumidor Tipo A (orientación material-básica):

$$U_A = X^{0,7} \cdot Y^{0,3}$$

Consumidor Tipo B (orientación simbólica-relacional):

$$U_B = X^{0,3} \cdot Y^{0,7}$$

Maximizando utilidad bajo la misma restricción presupuestaria, se obtiene:

Consumidor Tipo A:

- $X = 70$

- $Y = 30$

$$U_A = 70^{0,7} \cdot 30^{0,3} \approx 52,6$$

Consumidor Tipo B:

- $X = 30$
- $Y = 70$

$$U_B = 30^{0,3} \cdot 70^{0,7} \approx 52,6$$

Desde el punto de vista ordinal, ambos alcanzan el mismo nivel de utilidad. Sin embargo, al introducir una **canasta culturalmente deseada**, se observan diferencias relevantes.

Canasta ideal Tipo A:

- $X^* = 80$
- $Y^* = 20$

Canasta ideal Tipo B:

- $X^* = 20$
- $Y^* = 80$

La distancia entre consumo efectivo y consumo ideal es:

Tipo A:

$$|70-80| + |30-20| = 20$$

Tipo B:

$$|30-20| + |70-80| = 20$$

Hasta este punto, el bienestar relativo parece equivalente. Sin embargo, esta

igualdad se rompe al introducir políticas públicas.

Transferencias monetarias uniformes: resultados asimétricos

Se simula una transferencia monetaria uniforme de 20 UM. El ingreso pasa a 120 UM.

Nuevo consumo óptimo:

Tipo A:

- $X = 84$
- $Y = 36$

$U_A \approx 63,2$

Tipo B:

- $X = 36$
- $Y = 84$

$U_B \approx 63,2$

Ambos mejoran en términos de utilidad. No obstante, al comparar con la canasta culturalmente ideal:

Tipo A:

$$|84-80| + |36-20| = 20$$

Tipo B:

$$|36-20| + |84-80| = 20$$

Hasta aquí, la mejora parece simétrica. Sin embargo, se introduce una **restricción**

estructural realista: el bien Y (simbólico) no es perfectamente divisible ni completamente accesible mediante ingreso monetario (por ejemplo, requiere redes sociales, reconocimiento o bienes relacionales).

Se supone que solo el 70 % del ingreso adicional puede transformarse efectivamente en Y para el Tipo B.

Entonces, el consumo efectivo ajustado del Tipo B es:

$$Y = 78,8$$

$$X = 41,2$$

Nueva distancia a la canasta ideal:

$$|41,2-20| + |78,8-80| = 22,4$$

El bienestar relativo del Tipo B mejora menos que el del Tipo A, pese a recibir la misma transferencia. La desigualdad monetaria disminuye, pero la desigualdad de bienestar persiste.

Subsidios focalizados en bienes básicos

Se simula un subsidio equivalente a 20 UM exclusivamente para el bien X.

Resultados:

Tipo A:

- $X = 90$

- $Y = 30$

$$U_A \approx 56,9$$

Tipo B:

- $X = 50$
- $Y = 70$

$$U_B \approx 54,1$$

El subsidio beneficia claramente al Tipo A, cuya función de utilidad valora más el bien X. Para el Tipo B, el aumento de X no compensa la menor capacidad de acceder a Y, generando una brecha de bienestar.

Indicador de desigualdad de bienestar (hipotético):

Antes del subsidio:

$$\Delta U = 0$$

Después del subsidio:

$$\Delta U = 2,8$$

La política redistributiva incrementa la desigualdad de bienestar, a pesar de reducir la desigualdad material.

Provisión diferenciada de bienes

Se simula ahora una provisión diferenciada:

- Tipo A recibe bienes X equivalentes a 20 UM
- Tipo B recibe bienes Y equivalentes a 20 UM

Resultados:

Tipo A:

- $X = 90$
 - $Y = 30$
- $$U_A \approx 56,9$$

Tipo B:

- $X = 30$
 - $Y = 90$
- $$U_B \approx 56,9$$

La distancia a las canastas ideales se reduce en ambos casos:

Tipo A:

$$|90-80| + |30-20| = 20$$

Tipo B:

$$|30-20| + |90-80| = 20$$

La desigualdad de bienestar se neutraliza. No obstante, el costo fiscal y administrativo de esta política es mayor, y su implementación requiere un conocimiento profundo de las representaciones culturales de cada grupo.

Los ejercicios numéricos muestran que:

- Igualdad de ingresos \neq igualdad de bienestar
- Las transferencias monetarias reducen desigualdad material, pero

no necesariamente desigualdad de bienestar

- Los subsidios estandarizados pueden aumentar desigualdades simbólicas
- Las políticas culturalmente diferenciadas logran mayor equidad de bienestar, pero a mayor costo

Estos resultados cuantificados refuerzan la conclusión central del artículo: la teoría microeconómica del consumidor, cuando se aplica sin considerar la transmisión cultural de las preferencias, ofrece diagnósticos incompletos sobre bienestar, desigualdad y desarrollo.

Discusión

Los resultados cuantitativos obtenidos a partir de los escenarios simulados permiten profundizar en una discusión microeconómica que trasciende la formulación estándar de la teoría del consumidor y problematiza su capacidad explicativa frente a contextos de diversidad cultural y desigualdad estructural. La evidencia numérica hipotética, aunque diseñada con fines pedagógicos, revela tensiones conceptuales relevantes entre eficiencia, equidad y bienestar cuando las preferencias no son homogéneas ni plenamente traducibles en términos monetarios.

Un primer elemento de discusión se relaciona con la aparente neutralidad de la teoría microeconómica frente a las preferencias. Los escenarios iniciales muestran que, bajo supuestos de homogeneidad, el bienestar aumenta de manera proporcional al ingreso y las políticas redistributivas generan mejoras claras y no conflictivas. Sin embargo, al introducir funciones de utilidad diferenciadas, los mismos instrumentos pierden capacidad explicativa. Esto sugiere que la exogeneidad de las preferencias, útil desde el punto de vista metodológico, se convierte en una limitación analítica cuando se busca comprender desigualdades persistentes que no se explican únicamente por restricciones presupuestarias.

La demostración numérica de que consumidores con ingresos idénticos alcanzan niveles distintos de bienestar relativo cuestiona la equivalencia implícita entre igualdad material e igualdad de bienestar. Desde una lectura microeconómica ampliada, la utilidad deja de ser un indicador suficiente si no se considera la distancia entre el consumo efectivo y las canastas culturalmente valoradas como deseables. Este hallazgo dialoga con críticas contemporáneas a los enfoques utilitaristas del bienestar, al evidenciar que la maximización individual no

garantiza satisfacción subjetiva ni percepción de justicia social.

Las transferencias monetarias uniformes, ampliamente defendidas por su eficiencia administrativa y su neutralidad frente a las preferencias, muestran resultados ambiguos en los escenarios simulados. Aunque incrementan la utilidad ordinal de todos los consumidores, su capacidad para reducir la desigualdad de bienestar es limitada cuando existen restricciones estructurales que impiden transformar ingreso en bienes culturalmente significativos. Este resultado invita a reconsiderar la idea de que el mercado es un mecanismo universal de conversión de recursos en bienestar, destacando la existencia de bienes relacionales, simbólicos y territoriales cuya provisión no responde plenamente a señales de precios.

La discusión se torna particularmente relevante en el análisis de los subsidios focalizados. Los ejercicios numéricos muestran que la provisión de bienes definidos como “esenciales” desde una perspectiva técnica puede incrementar la desigualdad de bienestar al favorecer a quienes comparten la función de utilidad implícita en el diseño de la política. En términos microeconómicos, esto equivale a una violación indirecta del principio de soberanía del consumidor, ya que el Estado

actúa como un agente que prioriza ciertas preferencias sobre otras. Este fenómeno no suele ser reconocido explícitamente en la formulación de políticas, pero tiene implicaciones profundas para la legitimidad social de las intervenciones públicas.

La provisión diferenciada de bienes emerge como una alternativa más eficaz para reducir desigualdades de bienestar, al alinear las intervenciones con las representaciones culturales de los consumidores. No obstante, esta estrategia introduce un dilema clásico entre equidad y eficiencia. Los costos fiscales y administrativos aumentan, y la complejidad institucional se incrementa significativamente. Desde la microeconomía del bienestar, este trade-off no puede resolverse únicamente mediante criterios de eficiencia paretiana, lo que evidencia la necesidad de incorporar consideraciones normativas y contextuales en el análisis económico.

Otro aspecto central de la discusión es la dimensión simbólica del conflicto distributivo. Los resultados muestran que la percepción de injusticia no se deriva exclusivamente de la distribución de ingresos, sino de la incoherencia entre las políticas públicas y las concepciones culturales del bienestar. Este hallazgo amplía la noción microeconómica de

conflicto, tradicionalmente asociada a la escasez, hacia una comprensión más compleja en la que el reconocimiento cultural juega un papel central. En este sentido, el conflicto no es un fallo del sistema económico, sino una señal de desajuste entre instrumentos de política y realidades sociales.

La discusión también permite cuestionar la utilidad del consumidor representativo como herramienta analítica. Los escenarios cuantitativos evidencian que la agregación de preferencias puede ocultar desigualdades estructurales y conducir a conclusiones normativamente problemáticas. En contextos de diversidad cultural, el uso de promedios puede legitimar políticas que benefician desproporcionadamente a ciertos grupos, mientras mantienen o profundizan la exclusión de otros. Desde esta perspectiva, la microeconomía aplicada al desarrollo requiere modelos que reconozcan explícitamente la heterogeneidad como una característica estructural y no como una anomalía.

En términos de desarrollo, los resultados refuerzan la idea de que el crecimiento económico, aun cuando eleva el ingreso promedio, no garantiza una mejora homogénea del bienestar. La microeconomía del consumidor, si se

mantiene anclada a supuestos universalistas, corre el riesgo de naturalizar desigualdades que son en realidad producto de procesos históricos y culturales. La discusión sugiere, por tanto, la necesidad de un enfoque del desarrollo que articule crecimiento, redistribución y reconocimiento cultural como dimensiones inseparables.

Finalmente, la utilización de escenarios numéricos hipotéticos demuestra su valor pedagógico y analítico para explorar tensiones que resultan difíciles de captar mediante métodos puramente empíricos. Lejos de debilitar el análisis, la explicitación de los supuestos y de la naturaleza hipotética de los datos fortalece la transparencia metodológica y permite un diálogo más crítico con la teoría microeconómica estándar. En conjunto, la discusión plantea que la incorporación de la cultura en la teoría del consumidor no es un complemento accesorio, sino una condición necesaria para comprender el bienestar, la desigualdad y el desarrollo en sociedades contemporáneas.

CONCLUSIONES

El análisis desarrollado a lo largo de este artículo permite concluir que la teoría microeconómica del consumidor, en su formulación estándar, resulta conceptualmente insuficiente para explicar de manera integral el bienestar humano en

contextos caracterizados por diversidad cultural, desigualdad estructural y heterogeneidad de intereses. Si bien los supuestos de racionalidad, estabilidad de preferencias y maximización de la utilidad han demostrado ser herramientas analíticas potentes, su aplicación acrítica conduce a interpretaciones parciales del bienestar y a diseños de política pública que no logran abordar los conflictos distributivos persistentes.

Los ejercicios cuantitativos hipotéticos mostraron de manera explícita que la igualdad de ingresos no garantiza igualdad de bienestar. Aun bajo condiciones idénticas de precios y restricciones presupuestarias, las diferencias en las funciones de utilidad —derivadas de procesos de transmisión cultural y de representaciones sociales del bienestar— generan resultados distributivos divergentes. Este hallazgo cuestiona la equivalencia implícita entre bienestar y consumo material agregado, y refuerza la necesidad de distinguir analíticamente entre desigualdad económica y desigualdad de bienestar.

Las simulaciones evidenciaron que las transferencias monetarias uniformes, aunque eficaces para reducir desigualdades materiales, presentan limitaciones significativas para cerrar brechas de bienestar cuando los bienes culturalmente

valorados no son plenamente accesibles a través del mercado. Este resultado sugiere que el ingreso monetario no constituye un medio universal de conversión de recursos en bienestar, particularmente en contextos donde el consumo simbólico, relacional o territorial ocupa un lugar central en la estructura de preferencias de los individuos.

Asimismo, los resultados mostraron que las políticas basadas en canastas estandarizadas de bienes esenciales incorporan, de manera implícita, una jerarquía normativa de necesidades que no es culturalmente neutral. Al favorecer determinadas concepciones del bienestar, estas políticas pueden reproducir desigualdades simbólicas e incluso ampliar brechas de bienestar, aun cuando reduzcan la pobreza material. Desde una perspectiva microeconómica, esto implica reconocer que el diseño de políticas públicas siempre incorpora supuestos sobre las preferencias, y que dichos supuestos tienen consecuencias distributivas concretas.

La provisión diferenciada de bienes, alineada con las representaciones culturales del bienestar, emergió como la estrategia más eficaz para reducir desigualdades multidimensionales en los escenarios simulados. No obstante, esta eficacia se ve acompañada de mayores costos fiscales, administrativos e institucionales, lo que

introduce un dilema estructural entre equidad cultural y eficiencia económica. Este dilema no puede resolverse exclusivamente mediante criterios técnicos, sino que requiere decisiones normativas explícitas sobre los objetivos del desarrollo y la justicia social.

En términos teóricos, las conclusiones del artículo apuntan a la necesidad de ampliar la microeconomía del bienestar incorporando la cultura como un determinante estructural de las preferencias. Esto no implica abandonar el formalismo microeconómico, sino reconocer sus límites y complementarlo con enfoques interdisciplinarios que permitan comprender la dimensión simbólica del consumo y del bienestar. De este modo, el consumidor deja de ser un agente abstracto y universal para convertirse en un sujeto situado, cuyas decisiones reflejan trayectorias históricas, territoriales y culturales específicas.

RECOMENDACIONES

El análisis realizado sugiere la necesidad de reorientar tanto el enfoque teórico como el diseño de políticas públicas basadas en la microeconomía del consumidor, con el fin de incorporar de manera explícita la diversidad cultural y la multidimensionalidad del bienestar. En este sentido, se formulan las siguientes recomendaciones estructuradas

en los planos teórico, metodológico, institucional y de política pública.

En el plano teórico, se recomienda ampliar los modelos microeconómicos tradicionales incorporando funciones de utilidad culturalmente situadas. Esto implica reconocer que las preferencias no son exógenas ni homogéneas, sino que se forman a través de procesos históricos, sociales y simbólicos. La formalización de preferencias endógenas permitiría mejorar la capacidad explicativa de los modelos y reducir los sesgos normativos implícitos en la noción de consumidor representativo. Asimismo, se recomienda integrar de manera sistemática los aportes de la economía institucional, la economía del comportamiento y la antropología económica en los marcos analíticos del bienestar.

Desde una perspectiva metodológica, se sugiere complementar los enfoques cuantitativos basados en ingreso y consumo con instrumentos de medición del bienestar subjetivo, relacional y cultural. Las encuestas de hogares y los sistemas estadísticos nacionales deberían incorporar variables que capturen percepciones de satisfacción, pertenencia territorial, acceso a bienes simbólicos y calidad de las relaciones sociales. Esta ampliación permitiría diseñar políticas públicas basadas en diagnósticos

más precisos de las desigualdades reales, evitando la reducción del bienestar a indicadores puramente monetarios.

En el ámbito institucional, se recomienda fortalecer la capacidad del Estado para diseñar e implementar políticas diferenciadas territorial y culturalmente. La descentralización administrativa y fiscal, acompañada de mecanismos robustos de rendición de cuentas, facilitaría la adaptación de las intervenciones públicas a las preferencias y necesidades locales. Asimismo, se sugiere promover espacios institucionalizados de participación ciudadana que permitan identificar, de manera deliberativa, las concepciones de bienestar predominantes en cada contexto social.

En materia de política pública, se recomienda avanzar hacia esquemas de intervención que combinen transferencias monetarias con provisión directa de bienes y servicios culturalmente relevantes. Los resultados mostraron que las transferencias uniformes, aunque necesarias, son insuficientes para cerrar brechas de bienestar cuando existen restricciones culturales o simbólicas al consumo. Por ello, se sugiere diseñar políticas mixtas que integren ingresos, bienes públicos y servicios comunitarios, especialmente en

sectores como salud, educación, vivienda y cultura.

Asimismo, se recomienda revisar críticamente el uso de canastas estandarizadas de bienes esenciales como criterio exclusivo de bienestar. Estas canastas deberían ser flexibles y adaptables a contextos territoriales y culturales específicos, evitando imponer jerarquías normativas de necesidades que no reflejan las preferencias reales de la población. La incorporación de criterios participativos en la definición de dichas canastas contribuiría a mejorar la legitimidad y eficacia de las políticas sociales.

Desde una perspectiva fiscal, se recomienda evaluar de manera transparente los costos y beneficios de las políticas diferenciadas. Si bien estas políticas pueden implicar mayores costos administrativos y financieros, los resultados sugieren que su impacto en la reducción de desigualdades multidimensionales es significativamente mayor. Por tanto, se propone incorporar evaluaciones de impacto que consideren no solo eficiencia económica, sino también equidad cultural, cohesión social y sostenibilidad institucional.

En el plano académico, se recomienda fomentar investigaciones empíricas que exploren la relación entre cultura, preferencias y bienestar utilizando datos

comparativos y longitudinales. Este tipo de estudios permitiría validar empíricamente los modelos teóricos propuestos y contribuiría al desarrollo de una microeconomía del bienestar más realista y socialmente relevante. Asimismo, se sugiere fortalecer la formación interdisciplinaria en los programas de economía, integrando enfoques cualitativos y críticos.

Se recomienda que los organismos de planificación y evaluación del desarrollo adopten una concepción plural del bienestar, reconociendo la coexistencia de múltiples modelos de vida buena. Esta apertura conceptual no solo mejora la calidad del análisis económico, sino que también reduce los conflictos sociales derivados de políticas percibidas como culturalmente ajenas o excluyentes. En este sentido, la microeconomía del consumidor, reformulada desde una perspectiva culturalmente informada, puede convertirse en una herramienta clave para la construcción de políticas públicas más justas, inclusivas y democráticamente legítimas.

CONFLICTO DE INTERESES.

El autor declara que no existe conflicto de intereses para la publicación del presente artículo científico.

REFERENCIAS

Akerlof, G. A., & Kranton, R. E. (2010). *Identity economics: How our identities shape our work, wages, and well-being*. Princeton University Press.

Arrow, K. J. (1951). *Social choice and individual values*. Yale University Press.

Atkinson, A. B. (1970). On the measurement of inequality. *Journal of Economic Theory*, 2(3), 244–263. [https://doi.org/10.1016/0022-0531\(70\)90039-6](https://doi.org/10.1016/0022-0531(70)90039-6)

Atkinson, A. B. (2015). *Inequality: What can be done?* Harvard University Press.

Banerjee, A. V., & Duflo, E. (2011). *Poor economics: A radical rethinking of the way to fight global poverty*. PublicAffairs.

Becker, G. S. (1965). A theory of the allocation of time. *The Economic Journal*, 75(299), 493–517. <https://doi.org/10.2307/2228949>

Becker, G. S. (1976). *The economic approach to human behavior*. University of Chicago Press.

Bénabou, R., & Tirole, J. (2011). Identity, morals, and taboos: Beliefs as assets. *Quarterly Journal of Economics*, 126(2), 805–855. <https://doi.org/10.1093/qje/qjr002>

- Bourdieu, P. (1984). *Distinction: A social critique of the judgement of taste*. Harvard University Press.
- Bowles, S. (1998). Endogenous preferences: The cultural consequences of markets and other economic institutions. *Journal of Economic Literature*, 36(1), 75–111.
- Bowles, S. (2016). *The moral economy: Why good incentives are no substitute for good citizens*. Yale University Press.
- Darity, W. A., Jr., & Goldsmith, A. H. (1996). Social psychology, unemployment and macroeconomics. *Journal of Economic Perspectives*, 10(1), 121–140.
- Deaton, A. (1997). *The analysis of household surveys: A microeconomic approach to development policy*. World Bank.
- Deaton, A. (2013). *The great escape: Health, wealth, and the origins of inequality*. Princeton University Press.
- Duesenberry, J. S. (1949). *Income, saving and the theory of consumer behavior*. Harvard University Press.
- Elster, J. (1983). *Sour grapes: Studies in the subversion of rationality*. Cambridge University Press.
- Fehr, E., & Schmidt, K. M. (1999). A theory of fairness, competition, and cooperation. *Quarterly Journal of Economics*, 114(3), 817–868.
- Giddens, A. (1984). *The constitution of society*. University of California Press.
- Granovetter, M. (1985). Economic action and social structure: The problem of embeddedness. *American Journal of Sociology*, 91(3), 481–510.
- Kahneman, D., & Tversky, A. (1979). Prospect theory: An analysis of decision under risk. *Econometrica*, 47(2), 263–291.
- Kahneman, D., Krueger, A. B., Schkade, D., Schwarz, N., & Stone, A. (2006). Would you be happier if you were richer? *Science*, 312(5782), 1908–1910.
- Lancaster, K. (1966). A new approach to consumer theory. *Journal of Political Economy*, 74(2), 132–157.
- Molina Bustos, Francisco Fabiany, Quaternity of Success Theory: Epistemology of Balance for Human Development (October 07, 2025). Available at SSRN: <https://ssrn.com/abstract=5580052> or <http://dx.doi.org/10.2139/ssrn.5580052>
- Maslow, A. H. (1954). *Motivation and personality*. Harper & Row.

- North, D. C. (1990). *Institutions, institutional change and economic performance*. Cambridge University Press.
- Nussbaum, M. C. (2000). *Women and human development: The capabilities approach*. Cambridge University Press.
- Ostrom, E. (1990). *Governing the commons*. Cambridge University Press.
- Pareto, V. (1906). *Manuale di economia politica*. Società Editrice Libreria.
- Piketty, T. (2014). *Capital in the twenty-first century*. Harvard University Press.
- Rawls, J. (1971). *A theory of justice*. Harvard University Press.
- Rodrik, D. (2011). *The globalization paradox*. W. W. Norton & Company.
- Samuelson, P. A. (1938). A note on the pure theory of consumer's behaviour. *Economica*, 5(17), 61–71.
- Scitovsky, T. (1976). *The joyless economy*. Oxford University Press.
- Sen, A. (1973). On economic inequality. Oxford University Press.
- Sen, A. (1985). *Commodities and capabilities*. North-Holland.
- Sen, A. (1999). *Development as freedom*. Oxford University Press.
- Simon, H. A. (1955). A behavioral model of rational choice. *Quarterly Journal of Economics*, 69(1), 99–118.
- Stiglitz, J. E. (2002). *Globalization and its discontents*. W. W. Norton & Company.
- Stiglitz, J. E., Sen, A., & Fitoussi, J.-P. (2009). *Report by the Commission on the Measurement of Economic Performance and Social Progress*. OECD.
- Thaler, R. H. (2015). *Misbehaving: The making of behavioral economics*. W. W. Norton & Company.
- Thorstein Veblen. (1899). *The theory of the leisure class*. Macmillan.
- UNDP. (2023). *Human Development Report*. United Nations Development Programme.
- World Bank. (2022). *Poverty and shared prosperity report*. World Bank Publications.